

¿HAY UN ORIGEN DEL PROCESO RESILIENTE? UNA LECTURA DE *LA MARAVILLA DEL DOLOR* DE BORIS CYRULNIK

¿ARE THERE AN ORIGIN OF A RESILIENCE PROCESS? A READING OF *UN MERVEILLEUX MALHEUR* BY BORIS CYRULNIK

Recibido: 12 de mayo de 2011/Aceptado: 09 de junio de 2011

SERGIO TRUJILLO GARCÍA*

Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá – Colombia

Key words:

Resilience, Origin,
Genealogy, Process.

Abstract

This article presents a critic reflection about the origin of resilience from a linear model and contrasted with complex, dialectic and genealogical models which show several apparition of the resilience from different generative tensions, as well as in diverse moments of various trajectories and emergencies of dynamic forces that are involved in its constitution. In this text a systematic reading of the book *Un Merveilleux Malheur* by Boris Cyrulnik is made, apart from other of his work and his ideas are related with proposals of different authors who have worked the concept and with ideas of author, which makes complex the approach of the resilient process, the search of its roots and its projections.

Palabras clave:

Resiliencia, Origen,
Genealogía, Proceso.

Resumen

Este artículo presenta una reflexión crítica acerca del origen de la resiliencia desde un modelo lineal y se contrastó con modelos complejos, dialécticos, genealógicos, los cuales evidencian varios surgimientos de la resiliencia en diferentes tensiones generativas, así como en diversos momentos de diferentes trayectorias y emergencias de fuerzas dinámicas que participan en su constitución. En el texto se va haciendo una lectura sistemática del libro *La Maravilla del Dolor*, de Boris Cyrulnik, además de otras de sus obras, tejiendo sus ideas con propuestas de otros autores que han trabajado el concepto y con ideas propias del autor del artículo, todo lo cual complejiza el abordaje del proceso resiliente, la búsqueda de sus raíces y sus proyecciones.

* Profesor – Coordinador del Énfasis en Biografía y Sentido Vital de la Facultad de Psicología de la Pontificia Universidad Javeriana Email: sergio.trujillo@javeriana.edu.co

“La idea de la resiliencia acaba de nacer pero existe probablemente en la realidad desde el origen de la humanidad.”

(Cyrulnik, 2001, p. 74)

EL ORIGEN

Al concebir linealmente el proceso de la resiliencia, una primera mirada nos permite distinguir tres pasos o momentos sucesivos: primero, la presencia de la adversidad en la vida de un ser humano; segundo, el sufrimiento que le produce tal adversidad; y tercero, el desarrollo que podría posibilitar dicho sufrimiento en quien lo experimenta. Pero leer a Cyrulnik (2001) deja ver también otras direcciones, otras trayectorias y vectores, otras relaciones, otras formas de concebir el proceso resiliente.

¿Cuándo comienza el proceso resiliente? ¿Acaso desde el mismo instante en que comienzan a producirse la herida y el dolor? ¿A partir del momento en el cual inicia la reparación del daño producido por la adversidad? ¿Quizás cuando ya cicatrizó la herida? ¿Estará el origen de la resiliencia en la primera letra de la primera palabra del relato acerca del acontecimiento adverso y solo aparecerá, por tanto, cuando este acontecimiento sea por fin narrado? ¿Probablemente comienza desde siempre, en la infinitud del oximoron?

La palabra “Origen” con la cual el Grupo Resilio me encomendó la tarea de abordar el trauma como arranque del proceso resiliente, evocó casi inmediatamente el libro del Génesis, el libro del origen, del comienzo de todo lo creado y pronto también desenterró

la frase inicial del Evangelio de San Juan: “En el principio era el verbo”. Para todos nosotros verbo es acción, tensión y movimiento.

¿En el origen de la resiliencia era la adversidad?

Esto parece decir Cyrulnik (2001) con cada uno de los ejemplos que pone de seres humanos que viven dolor y luego sanación, adversidad y posteriormente restauración. Citando a Moscovici incluso parece proclamar la necesidad del sufrimiento para vivir apropiadamente: “Aquellos que han tenido una infancia feliz me dan lástima, no han tenido nada a lo cual sobreponerse” (Moscovici, 1997, citado por Cyrulnik, 2001, p. 83). Pero también advierte: “En el momento del traumatismo no se ve sino la herida, claro.” (Cyrulnik, 2001, p. 15). Y más adelante subraya: “En cada etapa de la historia del niño existe una posibilidad de recuperación o de agravamiento” (Cyrulnik, 2001, p. 87).

Es *a posteriori* que podemos reflexionar acerca del proceso resiliente pues en el momento mismo de la adversidad solo alcanzamos a sufrirla. El autor nos induce, sin explicitarlo, es decir con la magia literaria de lo implícito, hasta la sabiduría oriental del Ying y el Yang, gracias a la cual podemos vislumbrar, asombrados, las interacciones entre el caos y el cosmos, entre lo inmundado y el mundo, entre el diábolico y el símbolo. Del caos emerge el cosmos, del desorden el orden, de la oscuridad la luz, de lo feo lo hermoso, y solo podemos reconocer las virtudes de lo bello sobre el trasfondo de lo que nos resulta feo; aquello que nos parece agraciado por encima de lo que nos resulta desgraciado. Lo roto, fracturado y escindido puede notarse gracias al contraste con lo integrado, lo vinculado, lo unido.

Manciaux (2003) ponía ya de relieve que la resiliencia se confirma en las trayectorias existenciales de muchísimas personas cuyas historias permiten presentar la superación de dificultades, destacando la confluencia del mito y de las narraciones mitológicas con la realidad humana. Al preguntarse si la resiliencia es mito o realidad, responde:

¿Acaso no son los mitos, etimológicamente, relatos fabulosos, muy simbólicos, que hablan de la condición humana frente a fuerzas externas y acontecimientos? Construcciones del espíritu ilustradas por la mitología, la Biblia, la fábula, la historia o la novela a partir de la observación de la realidad de la vida. Si la resiliencia es un mito, ¿no es un mito fundacional, utopía quizá, pero utopía de alcances prometedores, movilizadora, capaz de cambiar nuestra forma de ver muchas cosas y muchas personas? Y si es una realidad, siempre será algo por suceder, por concretarse” (Manciaux, 2003, pp. 13-14).

Presenciamos, gracias a Cyrulnik (2001) el proceso de tejido, la convergencia sinérgica de fuerzas que confluyen y que puede llegar a ser proceso de escritura de un texto con sentido, para dar cuenta de modo complejo - *complexus* (Morin, 2006) - del motor de la vida que podría devenir en motor de la existencia. Así, el proceso de tejido recompone los hilos de la red que han sido rotos y podría decirse que uno de los orígenes de la resiliencia es, precisamente, el comienzo del ejercicio del arte de tejer, quizás de tejerse a sí mismo, como corres-

ponde a un ser humano que se constituye en sujeto de su propia historia. Pero, para iniciar el tejido se necesita contar ya previamente con los hilos, incluso quizás con la trama y con la urdimbre, así, al origen de la resiliencia en el inmediato presente o en el cercano pasado, podemos encontrarle lejanos orígenes en remotos tiempos. Texto, tejido, relato:

La emoción representada por sus figuras de enlace sirve entonces de punto de referencia en sus imágenes. Es lo que fija los sucesos bajo forma de recuerdos y les da coherencia con la condición de que el niño encuentre a alguien para quien hacer con esto un relato... Pero lo que fijará las imágenes y les dará un sentido es el relato (Cyrulnik, 2001, pp. 30-31).

La vida continúa manifestándose en los seres que han sido golpeados, pero que aún siguen vivos, y se manifiesta como sabe hacerlo, casi sin ser notada. Por ello la esperanza no es consciente como propósito sino como intuición de algo mejor, como deseo. Para Manciaux (2003), cuando cita al Bureau International Catholique de l'enfance, BICE, la resiliencia es el realismo de la esperanza (Manciaux, 2003, p. 14).

Cuando profundiza en el sistema de creencias asumiéndolo como “cuerpo y alma de la resiliencia”, Walsh (2004) evoca la frase del líder pacifista Martin Luther King, cuyo ejemplo de vida coherente nos ilumina y cuyo discernimiento moral nos permite distinguir las leyes justas de las leyes injustas. Desde el fondo de las injusticias que sufrió y aún llevando las de perder, este

líder mundial clamaba su esperanza: “En lo profundo de mi corazón tengo esta certeza: ¡algún día venceremos!” (Martin Luther King citado por Walsh, 2004, p. 81).

La resiliencia no es solamente un acto de la consciencia sino un tejido que se va haciendo a lo largo de la existencia, que requiere diversos grados de propositividad, desde los reflejos y los automatismos hasta los actos de la determinación voluntaria más deliberados, en los cuales tanto los medios como los fines son delicadamente discernidos (McDougall, 1923, citado por Gondra, 1990) y necesita de diferentes universos simbólicos. Pero sin duda un origen de la resiliencia se encuentra en el afecto. “La implicación afectiva es vital...” afirma Cyrulnik (2001, p. 96).

El origen de la resiliencia es el anhelo, es el deseo, es la intuición, es la ilusión vislumbrada de algo bello, distinto, algo mejor, es el ensueño. Una vez cargado de afecto un acontecimiento, hará parte de la memoria y podrá hacer parte del relato de alguien que se narra a sí mismo, constituyéndose también en el hilo conductor de su identidad, de su mismidad histórica (Erikson, 1981). Cyrulnik (2001) tiene unos aportes sobre esto: “...un acontecimiento solo puede constituir un recuerdo si está cargado de emoción” (p. 114). “...el sentimiento es una emoción provocada por una representación que depende de lo que en nuestra memoria haya quedado historiado” (118) y “El sentimiento de sí se vuelve una especie de primicia de identidad, como una imagen de sí que la mirada del otro pone en el niño” (p. 64).

El origen de la resiliencia es el apego. Quizá el primero en utilizar el término resiliencia en ciencias

humanas y sociales fue Bowlby (1998) fundador de la teoría del apego, de la teoría vincular, quien junto con su amigo Spitz (1974) fueron pioneros en el campo de la psicopatología infantil. Aunque entre ellos hubo diferencias teóricas, ambos participaron en la Escuela Londinense de Relaciones Objetales, a partir de cuyos principios cada uno tomó diferentes caminos y propuso en sus propios términos la psicopatología que se deriva del abandono temprano.

René Spitz y John Bowlby fueron los primeros en señalar los efectos lejanos de una carencia precoz. Este género de reflexión, habitual en los psicoanalistas, no siempre es aceptada por nuestra cultura, que piensa a menudo que “todo esto pertenece al pasado”, como si no tuviéramos memoria, y como si nuestra historia no actuara sobre nuestra identidad y nuestras decisiones (Cyrulnik, 2001, p. 92).

Al revisar el libro de Spitz (1974), en especial la segunda parte, aun cuando no utiliza el término resiliencia ni alude a los factores resilientes o a los tutores de resiliencia, pueden encontrarse descripciones clínicas muy vívidas del efecto que tienen en el bebé el abandono y el regreso de su madre, así como también del papel que juegan diferentes personas y circunstancias en la conformación apropiada del aparato psíquico del bebé a pesar del abandono temprano.

Somos afecto que deviene en el devenir de lo posible

Somos identidad en tanto mismidad histórica

que permanece en medio de los cambios y vicisitudes. Vida que se conserva en medio de los golpes. Hierba perenne. No somos solamente devenir, como algunos han sostenido, somos seres que devienen y la resiliencia hace parte del ser y de su devenir, teje, une, liga, los procesos de cambio y los de conservación, "...la resiliencia es un proceso diacrónico y sincrónico: las fuerzas biológicas de desarrollo se articulan con el contexto social para crear una representación de sí que permite la historización del sujeto" (Cyrulnik, 2001, p. 40).

A modo de analogía del proceso resiliente, el relato une, enlaza, integra, religa: "La historización es un proceso que cura y que es necesario para la construcción de toda identidad individual o colectiva. Haciendo el relato de mi historia íntima, sé quién soy, cómo reacciono, lo que amo y aquello de lo que soy capaz" (Cyrulnik, 2001, p. 126). El relato es una manera de significar la experiencia dolorosa: identidad narrativa del maltratado. "El tejido del sentimiento de sí parece un factor capital en la aptitud para la resiliencia" (Cyrulnik, 2001, p. 19).

Puede entonces imaginarse de qué maneras un golpe puede ser asimilado, puede provocar efectos variables e incluso un rebote (Cyrulnik, 2001). "Resiliar [résilier] es recuperarse, ir hacia delante tras una enfermedad, un trauma o un estrés. Es vencer las pruebas y las crisis de la vida, es decir, resistirlas primero y superarlas después, para seguir viviendo lo mejor posible. Es rescindir [résilier] un contrato con la adversidad" (Manciaux y Tomkiewicz, 2000, p. 316, citados por Theis, 2003, p. 50).

En este proceso de rebote la escritura cumple un

papel privilegiado, pues es la actividad, lenta y paciente, con que tejemos el relato con el cual anudamos los hilos que fueron rotos.

La escritura reúne en una sola actividad el máximo número de mecanismos de defensa: la intelectualización, el ensueño, la racionalización y la sublimación. Permite al mismo tiempo afirmarse, identificarse, inscribirse en un linaje glorioso, y sobre todo hacerse aceptar tal como uno es, con su herida, ya que todo escritor se dirige a un lector ideal (Cyrulnik, 2001, p. 183).

El relato de sí,... es el bálsamo de Narciso, la plenitud del individuo que, casi siempre cuando se realiza, cuenta los sufrimientos infligidos por la sociedad (Cyrulnik, 2001, p. 125).

Pero además, la escritura nos permite hablar un mismo lenguaje para vehicular la empatía, en ocasiones tan difícil, para vencer las murallas de la incompreensión.

No puedo explicar lo que pasó porque emocionalmente es demasiado duro y no vas a comprender nada. De hecho, yo soy el único que puede comprenderme. Por el contrario, si doy un rodeo a través de la obra, si alejo la información, me comunico mejor contigo porque ya no estoy solo en el mundo con mi tormenta interior, con mi herida inverosímil. Porque he conseguido

convertirla en una representación que ahora podemos compartir. Por fin vivimos en el mismo mundo (Cyrulnik, 2010, p. 74).

Orígenes complejos, direcciones opuestas, fuerzas en conflicto, tensiones, movimientos, vectores, trayectorias, procedencias, emergencias (Foucault, 2004; Trujillo, 2011). Una fuerza vital nos llega desde siempre, algo irrumpe y nos desorganiza, alguien llega, nos acompaña e ilumina, una ilusión coloca el origen de la resiliencia paradójicamente en el futuro. ¿Puede la causa de las causas ser un propósito anhelado? (McDougall, 1923, en Gondra, 1990). ¿Qué fuerza puede romper la circularidad de la repetición y convertir nuestra vida en una espiralidad virtuosa? “La muerte no es sino el fin de la vida, no es el fin de la historia” (Cyrulnik, 2001, p. 112).

Desde el instante en que se puede hablar del traumatismo, dibujarlo, ponerlo en escena, pensarlo, se domina la emoción que en el momento del impacto se desbordaba en nosotros o que nos dejaba helados. Es en la representación de la tragedia que se reorganiza el sentimiento provocado por el estrépito (Cyrulnik, 2001, p. 67).

Quizá sea por ello que el juego, la plastilina, los títeres, el dibujo, son la mejor estrategia de trabajo con aquellos para quienes no resultan útiles otras estrategias de intervención, en especial niños y psicóticos. Evocando a Frankl (2007) y al sentido que como ser humano ejemplar le dio a su desgarradora experiencia en un campo de concentración, en el cual fue confinado en contra de su voluntad, luego de ser separado violentamente de

su esposa y sus hijos durante la Segunda Guerra Mundial, Vanistandael & Lecomte (2002) subrayan el papel del sentido, del significado en el proceso resiliente: “Frankl da un ejemplo conmovedor de su convicción de que el sufrimiento deja de doler a partir del momento en que adquiere un significado” (Vanistandael & Lecomte, 2002, p. 68.) La búsqueda del sentido, del significado de nuestras vidas, el cual en ocasiones encontramos, en ocasiones otorgamos, en ocasiones construimos y en ocasiones nos es revelado (Trujillo, 2007) es un desafío que no ofrece líneas rectas, direcciones únicas, autopistas planas impecablemente pavimentadas.

Desde el título del libro: *La maravilla del dolor* y a través de los títulos de los dos capítulos: *La esperanza inesperada* y *Soles negros sin melancolía* ejemplos de oxímoron, se nos invita a renunciar a la búsqueda de un único origen para la resiliencia, a superar una comprensión lineal de la historia y a aproximarnos a las múltiples relaciones entre el ser y el devenir que supone la resiliencia. Ello sin duda nos produce vértigo pues exige admitir que el cosmos no podría ser sin estar abrazado fuertemente al caos. “Esta proximidad a menudo constatada entre la ausencia de estructura, la creatividad y la delincuencia” (Cyrulnik, 2001, p. 59).

Por ello el autor formula que el precio de la resiliencia es el oxímoron, pues mientras que la ambivalencia obliga a decidir, el oxímoron no, dado que en él ambos términos antinómicos son necesarios. Así, la vulnerabilidad se transforma en fortaleza y “Cada término hace resaltar al otro y el contraste los aclara: personalidad herida pero resistente, sufriente pero feliz” (Cyrulnik, 2001, p. 21). La serpiente se muerde su propia cola.

¿Cuál es el origen: la pintura de un cuadro o su restauración?

La noción de reparación, empleada periódicamente, posee connotaciones demasiado jurídicas e incluso garajistas, mientras que el concepto de restauración describe mejor la resiliencia. Cuando un cuadro dañado por la intemperie ha sido restaurado, asistimos a un renacimiento, a un embellecimiento, a veces a una metamorfosis, ya que los colores, de nuevo bellos y frescos no son siempre los originales (Cyrulnik, 2001, p. 91).

Alquimia del dolor

Cyrulnik afirma que “... el oxymoron es la expresión de cómo un sufrimiento se transforma en obra de arte.” Y más adelante: “La resiliencia define el resorte de los que, habiendo recibido un golpe, han podido sobrepasarlo. El oxímoron describe el mundo íntimo de esos vencedores heridos.” (Cyrulnik, 2001, p. 23). El trauma, comprendido a la usanza psicoanalítica ortodoxa, como cantidad de estímulos que desborda la unidad de tiempo (Brainsky, 1984), es presencia del caos que escinde y fractura, que rompe y que separa, que no dio tiempo para ser elaborado y que no tiene ninguna significación inicialmente, pues, como afirma Cyrulnik (2001) en sí mismo el trauma no tiene sentido sino que le damos sentido al final del proceso. Es por ello que un proceso que inicia con un acontecimiento absurdo termina cuando, en perspectiva analéptica, le asignamos significado. Cuando tal acontecimiento doloroso adquiere valor y se

convierte en un hito para visualizar la dirección de nuestra vida, entonces adquiere significado para nosotros y deja de doler.

Vanistendael & Lecomte (2002) lo dijeron en *La Felicidad es posible*: “Esto es absurdo y no debería haberme ocurrido”. Como en sinfónico concierto, Cyrulnik (2001) comenta que la depresión obligó a los sufrientes a buscar la felicidad de un modo tal que el oxímoron hace presencia convirtiéndose en el precio que debemos pagar por la resiliencia.

Ya vimos cómo en el momento del golpe solo se siente la herida, pero el oxímoron que trae la resiliencia, que invoca la resiliencia, hace que podamos reinterpretar el pasado doloroso. Es por eso es que Cyrulnik (2001) señala que la resiliencia solo puede darse *a posteriori*, incluso en un momento muy distante del trauma. La resiliencia es un resorte que puede demorar en rebotar, es un resorte invisible que hace de la adversidad una oportunidad para rebotar lejos. Como la misma etimología de la palabra resiliencia lo indica, al rebotar la fragilidad se vuelve fuerza, la pobreza se enriquece, la potencia se actualiza. He allí el oxímoron en acción. “...el resorte invisible ... permite rebotar en la prueba haciendo del obstáculo un trampolín, de la fragilidad una riqueza, de la debilidad una fuerza, de las imposibilidades un conjunto de posibles” (Fisher, 1994, p. 269, citado por Cyrulnik, 2001, p. 191).

El trauma agudo deteriora, pero es más fácil de ser puesto en escena. El trauma crónico, insidioso, moral, muchas veces invisible, tiene efectos duraderos, deja huellas en la memoria y modifica emociones, el senti-

miento de sí y el aprendizaje, impregna la personalidad (Cyrulnik, 2001, pp. 62-63-64).

Para triunfar sobre un sufrimiento infligido por la naturaleza cualquier persona necesita un apoyo afectivo y encontrar un sentido al desastre en virtud de los relatos familiares y culturales. Ahora bien, como cualquiera sospecha, triunfar sobre un sufrimiento infligido por otras personas requiere un trabajo de relatos aún más complicado porque uno no solo debe superar la realidad de la herida, sino que además deberá encontrar un sentido a la intención del otro, a su deseo de destruirle ... La probabilidad de que aparezcan perturbaciones será tanto mayor cuanto más interhumano, intencional y duradero sea el trauma (Cyrulnik, 2009, pp. 57, 59).

“... misterio de la desigualdad de los traumatismos.” (Cyrulnik, 2001, p. 37) que permite incluso formular una escala de traumatismos. Misterio de la amalgama entre el dolor y la alegría, más allá, mucho más allá del sado-masochismo.

La maduración postraumática es frecuente. Casi por norma, después de un trauma la persona herida se encuentra ante dos caminos: el embotamiento psíquico que define la antirresiliencia, pues impide retomar el nuevo desarrollo, o la maduración postraumática que asocia la tristeza con el placer ... el trauma produce quebranto; esa es su

definición. Y la resiliencia, que permite volver a vivir, asocia el sufrimiento con el placer de triunfar sobre él. ¡Curiosa pareja!” (Cyrulnik, 2009, pp. 55 y 56).

El golpe produce un particular embotamiento del cual no se sale fácilmente. Otras personas pueden ayudarnos a salir de él fortalecidos, si saben avivar el fuego de la vida que aún hay en nosotros. “En esa ‘agonía psíquica’, no quedan más que algunas llamitas de existencia, unas llamitas que deberemos convertir en brasas de resiliencia” (Cyrulnik, 2003, p. 67).

El tejido resiliente, el tejido de la resiliencia, la resiliencia tejiendo

Una malla al derecho por nuestro pasado y nuestra vida íntima, una malla al revés por nuestra cultura y nuestros allegados, así es como tejemos nuestra existencia (Cyrulnik, 2001, p. 108).

Siendo como somos, unidades biopsicosociales, no extraña encontrar que el autor ubica orígenes para la resiliencia tanto en nuestra dimensión biológica, como en la cultural y, por supuesto en el sentir, el pensar y el obrar que arman, entreverándose, nuestra dimensión psicológica. No creo tergiversar al autor si decimos que, además de encontrarse en cada dimensión constitutiva, también en nuestra misteriosa unidad está el origen de la resiliencia: uno y diverso, uno y trino, a imagen y semejanza.

Podríamos afirmar que, evolutivamente, lo psico-

lógico emerge de lo biológico, gracias a lo social, pero no extraña encontrar que para Cyrulnik puede darse la “transmisión psíquica de un trastorno orgánico.” (Cyrulnik, 2001, p. 168). No alcanza la lógica lineal, unidireccional, para comprender el nacimiento de la resiliencia. La imagen fundacional de nosotros mismos, el recuerdo más temprano que tenemos de nosotros mismos, es el testimonio del inicio de nuestro Yo. Esa imagen coloreada afectivamente que no pasa de ser una escena casi instantánea llena de texturas pero ausente de continuidad, nos deja el sabor de que somos los mismos desde hace mucho tiempo, aunque hayamos cambiado, pero realmente nuestra vida no comenzó allí sino que somos nosotros desde antes del nacimiento del Yo, pues nuestro “si mismo” es anterior y más amplio y complejo e incluye mucho más que la dimensión consciente de nuestra persona.

Cyrulnik (2001) aprecia con sabiduría que la interpretación de los hechos, propia de los adultos, no está presente en las vivencias típicamente perceptuales de los niños, quienes no han organizado aún su memoria en un relato pero sí cuentan con escenas, cuyas imágenes aún no están secuenciadas.

Los adultos inventan el pasado, ya que tienen ideas en lugar de ojos, mientras que la memoria del niño (...) es más precisa que la de los adultos, apresados en las trampas de sus teorías. Simplemente no cubre los mismos dominios... Historias sin palabras, que provocaron emociones, impregnan sus recuerdos, pero son insignificantes para un

adulto que sin embargo ha tomado parte en el mismo acontecimiento. Las imágenes no tienen sentido cuando uno no puede situarlas y hacer con ellas un relato” (Cyrulnik, 2001, pp. 28-29).

Niño que nace aconciante del milagro que le acontece y también del drama que comienza a vivir. Relato posterior, cuando el afecto y el lenguaje lo permitan. Vida que podría tener sentido, valor, significado, dirección. Vida que podría ser resiliente dinamizada por las energías polivalentes del oxímoron. Hay una metamorfosis en quien vivencia el trauma y en la energía inicial del golpe, que se va transformando. Suma de vectores. El origen de la resiliencia está en el ser que cambia y en el cambio que experimenta, está en el devenir de un ser en cuyo origen está el devenir. Ser que deviene, que cambia y se mantiene, se conserva y se transforma.

El relato biográfico, considerado por algunos como “el género impuro” (Dosse, 2007a, 2007b) es el único capaz de reflejar nuestra humanidad agobiada y doliente con todas sus impurezas, es el único capaz de dar cuenta de nuestra sujetualidad. “Sólo la narración es rigurosa, porque sólo ella admite sin rubor que ha sido inventada de principio a fin. ¡Ay, si la ciencia hiciera otro tanto!” (Savater, 2001, p. 326). Si la ciencia se acepta como invención, como creación y producción humana, entonces se subsume a los seres humanos y a su voluntad. Mientras esto no sea así, habrá científicos que pretenden subsumir a otros seres humanos a sus propios intereses disfrazados tras de pantallas de objetividad y neutralidad.

“La objetividad de una situación no es lo que más nos afecta... Nuestro mundo psíquico está moldeado por nuestras representaciones, en las cuales los puntos de referencia estructuran nuestro mundo interior... a pesar de las fechas, que nos vienen del exterior, el sentido que atribuimos a los acontecimientos tiene solo un uso privado... si fuéramos seres lógicos no haríamos más que sufrir. Pero como somos seres psicológicos, le atribuimos a cada acontecimiento un significado personal... (Cyrulnik, 2001, pp. 35 y 36).

El origen del trauma no está allá afuera, en el objeto que nos hiere porque nos lacera o porque nos abandona, está en nosotros mismos, apegados a los objetos para sobrevivir. “Los objetos puros no existen más que en las ideas. Somos nosotros los que categorizamos el mundo. En la realidad todo está mezclado” (Cyrulnik, 2001, p. 39). No es posible la objetividad, aséptica de sujetos, los “seres en sí” no son posibles, solo los “seres en mí”. Es inútil pretender estudiar objetivamente la resiliencia, pues es una tarea que solo fenomenológicamente, hermenéuticamente, puede realizarse. Cyrulnik (2001) cita a Anna Freud:

“Yo considero ahora que el progreso del niño, a lo largo de líneas de desarrollo, hacia la madurez, depende de la interacción entre la cantidad de influencias exteriores favorables y ... una evolución de estructuras internas” (Freud, 1976, citada por Cyrulnik, 2001, p. 69).

Melanie Klein se aproximará luego al proceso de interiorización del objeto interior bueno, como salvaguarda de la salud mental, a pesar de los objetos malos (Klein, 2008).

En el origen de la resiliencia está el origen del sujeto y cada sujeto deviene de varios orígenes.

La biografía como método

Tras de la elección de la biografía como método se encuentran opciones ontológicas y epistemológicas fundantes de las decisiones que vendrán luego. Se inicia con privilegiar al sujeto del conocimiento y no al objeto, de modo que se acepta el barro del cual estamos hechos y la naturaleza sujetual de todo conocimiento. Se renuncia a una pretendida objetividad científica, aséptica de sujetos, imposible pero peligrosa, en tanto aliena a los sujetos del conocimiento que producen (Trujillo, 2006; 2008a).

Aquellos que aprecian las autobiografías y aquellos que no las aprecian revelan por esta elección dos políticas existenciales totalmente opuestas: los que saborean las relaciones íntimas y relativizan la presión social se oponen a los que se sienten cómodos en los marcos institucionales (Cyrulnik, 2001, p. 125).

Luego se busca, con rigor y sistematicidad, dar cuenta verosímil de los acontecimientos en la vida de un sujeto que se narra. Si la narración se encuentra con la adversidad y con la resiliencia, se trata de resaltar las características singulares de esa resiliencia en la vida de

cada persona, lo cual no significa renunciar a las características universales que comparte con las demás personas. Tanto la persona como la resiliencia poseen, además de ciertas peculiaridades, características universales, por supuesto. Pero aquí no se buscan conocimientos legales, es decir, con pretensión de ley universal, como es lo corriente en las ciencias nomotéticas. Se busca restituir al sujeto su posibilidad de discernir, de decidir, de conferir sentido, de obrar y transformar. Se trata de reconocer en el sujeto su libertad, su sujetualidad (Trujillo 2008a, 2008b).

Se trata de indagar las múltiples procedencias del sujeto que deviene y las trayectorias diversas de su devenir. Se trata de encontrar las idiosincrasias de cada sujeto, quien es a la vez atravesado por universalidades de la humanidad. Historia y biografía se cruzan y entrecruzan, biología y cultura, determinación y decisión. Origen, orígenes, tensiones, genealogías. (Foucault, 2004; Trujillo, 2011). Al fin y al cabo “Todos somos coautores del discurso íntimo de quienes han sido heridos en el alma” (Cyrulnik, 2003, p. 69).

Cada resiliencia se teje de cierta manera, pero si la resiliencia no fuera la regla no estaríamos aquí. Una y diversa. Para todos hay traumas, para cada uno el suyo singular. “Los traumas son siempre desiguales: sobrevienen en momentos diferentes y en distintas construcciones psicológicas” (Cyrulnik, 2001, p. 15). Pero lo que nos ocurre no determina la dirección de nuestra vida, sino lo que nosotros hacemos con lo que nos ocurre.

Nuestra historia no es un destino. Nada queda escrito para siempre. La verdad de

hoy no lo será mañana, los determinismos humanos son de corto plazo. Los sufrimientos nos obligan a metamorfosearnos y nunca perdemos la esperanza de cambiar de manera de vivir. Por eso una carencia precoz crea una vulnerabilidad momentánea, que las experiencias afectivas y sociales podrán reparar o agravar (Cyrulnik, 2001, p. 15).

Y por otra parte “...Se puede ser resiliente en una situación y no en otra, herido en un momento y victorioso en otro” (Cyrulnik, 2001, p. 192). El perdón es también origen de la resiliencia, pues el conocimiento del pasado no es suficiente garantía para no repetirlo o para poder superarlo. “... el hecho de conocer su pasado no impide la repetición de las tragedias” (Cyrulnik, 2001, p. 129). “Escarbando en el pasado siempre encontraremos algo de qué vengarnos” (Cyrulnik, 2001, p. 128).

El perdón emocional cobra toda su vigencia: “El sujeto pone en memoria lo que su contexto humano ponía en emoción en el momento del acontecimiento” (Cyrulnik, 2001, p. 128). Perdonar no es querer repetir, sumisos o activos, la violencia recibida, es superar dignamente, resilientemente, las afrentas, es crecer para estar por encima del dolor, sin olvidarlo. “He aquí por qué se necesitan de 30 a 50 años de musculación del Yo para volverse capaz simplemente de decirlo.” (Cyrulnik, 2001, p. 170), “No se llega a ser normal impunemente” (Cyrulnik, 2001, p. 191).

También la voluntad, proceso psicológico superior por excelencia (Vigotsky, 1995), órgano de la liber-

tad, está en el origen de la resiliencia, pero también es uno de sus frutos, espiralidad virtuosa, recursividad sistémica en la cual se encuentran la finalidad del proceso con su origen (Trujillo, 2008a). Lo inefable del oxímoron se hace arte. “Toda lucha contra la muerte, es decir, toda conciencia de la vida nos obliga a hacer poesía” (Cyrułnik, 2001, p. 181). “... un simple relato clínico o una descripción cruda no bastarían para reparar la contusión y volver a dar vida a los muertos” (Cyrułnik, 2001, p. 181).

La sensibilidad, el arte, la poesía, lo bello, la hermosura, la armonía y sus búsquedas, también están en el origen de la resiliencia. “La creatividad vendría a ser hija del sufrimiento. Lo cual no quiere decir que el sufrimiento sea madre de todas las creatividades” (Cyrułnik, 2001, p. 183). “La necesidad de estética es tan urgente que difumina la realidad” (Cyrułnik, 2001, p. 138).

Lo banal se vuelve poético

Tanto como la biografía es etopeya, relato del Yo sencillo, así también la resiliencia encuentra sus orígenes en la humildad de la vida cotidiana. Apalabrar es catártico, narrar es resiliente, quienes se narran no requieren títulos heroicos, solo reconocimiento, en especial autorreconocimiento (Trujillo 2009, septiembre, 2010a, 2010b).

La resiliencia no es un proceso extraordinario que algunos pueden poner en marcha en situaciones extraordinarias; todos los individuos y todas las familias tienen potencialidades resilientes (Delage, 2010, p. 113).

Genealogía de la resiliencia, multiplicidad de sus orígenes

Renunciemos con donaire a la búsqueda de un origen para la resiliencia. Son múltiples sus comienzos, sus inicios, como son complejas las fuerzas que dinamizan la historia, las tensiones generativas en que participan la vida y la cultura; el afecto, la empatía, la musculación del Yo y la voluntad; el tejido y la memoria, la palabra y el relato; la ilusión, el propósito, el deseo y las crisis; la belleza anhelada que solo puede expresar la poesía y los conflictos; la armonía cuando puede contemplarse y también cuando es rota por la adversidad, por el dolor, por el sufrimiento, que es cuando grita, creativa, su esperanza.

Incertidumbre creativa, respetuosa de la diversidad en la unidad de la vida. “Esta actitud integrativa impide el dualismo, que no corresponde a la clínica del Hombre total, y vuelve a poner un poco de esperanza en las ciencias psicológicas.” (Cyrułnik, 2001, p. 197).

REFERENCIAS

- Bowlby J. (1998). *El Apego y la Pérdida: El Apego*. Barcelona: Paidós Psicología Profunda.
- Brainsky, S. (1984). *Manual de psicología y psicopatología dinámicas. Fundamentos de psicoanálisis*. Bogotá: Editorial Pluma.
- Cyrułnik, B. (2001). *La Maravilla del Dolor. El Sentido de la Resiliencia*. Barcelona: Granica.

- Cyrulnik, B. (2003). *El murmullo de los fantasmas. Volver a la vida después de un trauma*. Barcelona: Gedisa.
- Cyrulnik, B. (2009). *Autobiografía de un Espantapájaros. Testimonios de resiliencia: el retorno a la vida*. Barcelona: Gedisa.
- Cyrulnik, B. (2010). *Me acuerdo... El exilio de la infancia*. Barcelona: Gedisa.
- Delage, M. (2010). *La resiliencia familiar. El nicho familiar y la superación de las heridas*. Barcelona: Gedisa.
- Dosse, F. (2007a). *La apuesta biográfica: escribir una vida*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Dosse, F. (2007b). *El arte de la biografía: entre historia y ficción*. México: Universidad Iberoamericana.
- Erikson, E. (1981). *Identidad, juventud y crisis*. Madrid: Taurus.
- Foucault, M. (2004). *Nietzsche, la Genealogía, la Historia*. Valencia: Pre-Textos.
- Frankl, V.E. (2007). *El hombre en búsqueda de sentido*. Barcelona: Herder.
- Gondra, J.M. (1990). *La Psicología Moderna. Textos básicos para su génesis y desarrollo histórico*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Klein, M. (2008). *El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Paidós.
- Manciaux, M. (Comp.) (2003). *La resiliencia: resistir y rehacerse*. Barcelona: Gedisa.
- Morin, E. (1996). *Introducción al pensamiento complejo*. España: Editorial Gedisa S.A.
- Savater, F. (2001). *La Experiencia Narrativa. Llor al leer*. En español. Madrid: Grupo Santillana.
- Spitz, R. (1974). *El primer año de vida del niño*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Theis, A. (2003). *La resiliencia en la literatura científica*. En *La resiliencia: resistir y rehacerse*. Barcelona: Gedisa.
- Trujillo, S. (2006). *¿Puede la psicología ser científica? Reflexión en torno a "lo psicológico" desde Heidegger*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Trujillo, S. (2007). Objetividad y sujetualidad: una perspectiva del debate epistemológico en Psicología. *Tesis Psicológica*, (2), 75-79.
- Trujillo, S. (2008a). *La Sujetualidad: un Argumento para implicar. Propuesta para una pedagogía de los afectos*. Bogotá. Editorial Javeriana.
- Trujillo, S. (2008b). *Discierno, luego existo*. En *Psicología para América Latina*. Recuperado de <http://www.psicolatina.org/13/discierno.html>
- Trujillo, S. (2009, septiembre). *Calidad de vida: Envejeciendo con sentido vital*. Trabajo presentado en el I Congreso de la Cátedra de Psicología de la Tercera Edad y Vejez. Buenos Aires: Argentina.

- Trujillo, S. (2010a). *El espíritu autogestionario y su concreción en proyectos con sentido para personas mayores*. Trabajo presentado en el Congreso de Salud: "Por un envejecimiento activo y productivo", Bogotá: Colombia.
- Trujillo, S. (2010b). *Sentido y calidad de vida: La biografía como ocasión resiliente en la vejez*. Trabajo presentado en el Congreso Internacional de Psicología de la Vejez. Universidad Nacional de Mar del Plata - Argentina.
- Trujillo, S. (2011). *La Historia y las genealogías. Una lectura del texto de Foucault: "Nietzsche, la genealogía, la historia"*. Trabajo presentado para publicación.
- Vanistendael, S. & Lecomte, J. (2002). *La felicidad es posible. Despertar en niños maltratados la confianza en sí mismos: construir la resiliencia*. Barcelona: Gedisa.
- Vigotsky, L.S. (1995). *Obras Escogidas*. España: Visor.
- Walsh, F. (2004). *Resiliencia Familiar. Estrategias para su fortalecimiento*. Buenos Aires: Amorrortu.